

está estructurada en forma de sonata: primera parte, exposición, dos temas, diecisiete variaciones y conclusión o coda. Un lector atento que conozca música puede observar fácilmente este desarrollo.

El cuarto día de la creación

En 1945 un amigo mío, Carlos E. Frías, me propuso ir a Venezuela a organizar una estación de radio. Conocer Venezuela completaba mi visión de América, ya que este país es como un compendio del Continente: allí están sus grandes ríos, sus llanos interminables, sus enormes montañas, la selva. La tierra venezolana fue para mí como una toma de contacto con el suelo de América, y meterme en sus selvas conocer el cuarto día de la Creación. Realicé un viaje al Alto Orinoco y allí conviví un mes con las tribus más elementales del Nuevo Mundo. Entonces surgió en mí la primera idea de *Los pasos perdidos*. América es el único continente donde distintas edades coexisten, donde un hombre del siglo veinte puede darse la mano con otro del cuaternario o con otro de poblados sin periódicos ni comunicaciones que se asemeje al de la Edad Media, o existir contemporáneamente con alguien de provincia más cerca del romanticismo que de esta época. Remontar el Orinoco es como remontar el tiempo. Mi personaje de *Los pasos perdidos* viaja por él hasta las raíces de la vida, pero cuando quiere encontrarla ya no puede, pues ha perdido la puerta de su existencia auténtica. Ésta es la tesis de la novela, que me costó no poco esfuerzo escribir. Tres veces la reescribí completamente. ¿Dificultades? Las dificultades en un escritor son siempre de orden formal: llegar a decir correctamente lo que se quiere decir. El capítulo de la ruptura entre Sofía y Hugues, en *El Siglo de las Luces*, lo escribí quince veces. *El reino de este mundo* se publicó en 1949 y sus circunstancias y propósitos están hartamente explicados en el prólogo, por lo que considero ociosa toda aclaración, si es que el libro no se explica por sí mismo. *Los pasos perdidos* fue editado en 1955.

Me acerco al final porque a medida que la obra crece, la vida del hombre disminuye. El triunfo de la Revolución Cubana me hizo pensar que había estado ausente de mi país demasiado tiempo y volví en mayo para estar un mes. Luego deshice mi casa en Venezuela y regresé definitivamente en julio del 59, para asistir al primer 26 de Julio. Traía en la maleta una nueva novela, *El Siglo de las Luces*, que había comenzado a escribir en Caracas en 1956 y terminado en la isla de Barbados dos años más tarde; pero necesitaba retoques y el cambio que se obser-

vaba en la vida y en la sociedad cubanas me resultó demasiado apasionante para que pudiera pensar en otra cosa. Por eso no se publicó hasta 1962. El origen de la novela fue un viaje que hice al golfo de Santa Fe, en la costa de Venezuela, y que se describe ampliamente en el capítulo veintiséis. El lugar me fascinó, pues es uno de los más bellos y singulares de la costa americana, y allí mismo, en la cubierta del barco, escribí el capítulo. Los escritores europeos retienen la novela en el campo intelectual. Yo no. Yo soy como un animal. No analizo ciertas cosas. Las escribo como las siento y como bajo el efecto de destellantes iluminaciones. El otro punto de arrancada de la novela fue una escala forzada en Guadalupe durante un viaje a París. Allí supe por primera vez de Víctor Hugues, ese hacedor de la Revolución Francesa en las Antillas, y al llegar a París mi temor era que algún otro escritor lo hubiese utilizado como personaje. Felizmente descubrí que era prácticamente desconocido y le di el rango de protagonista de mi próxima novela.

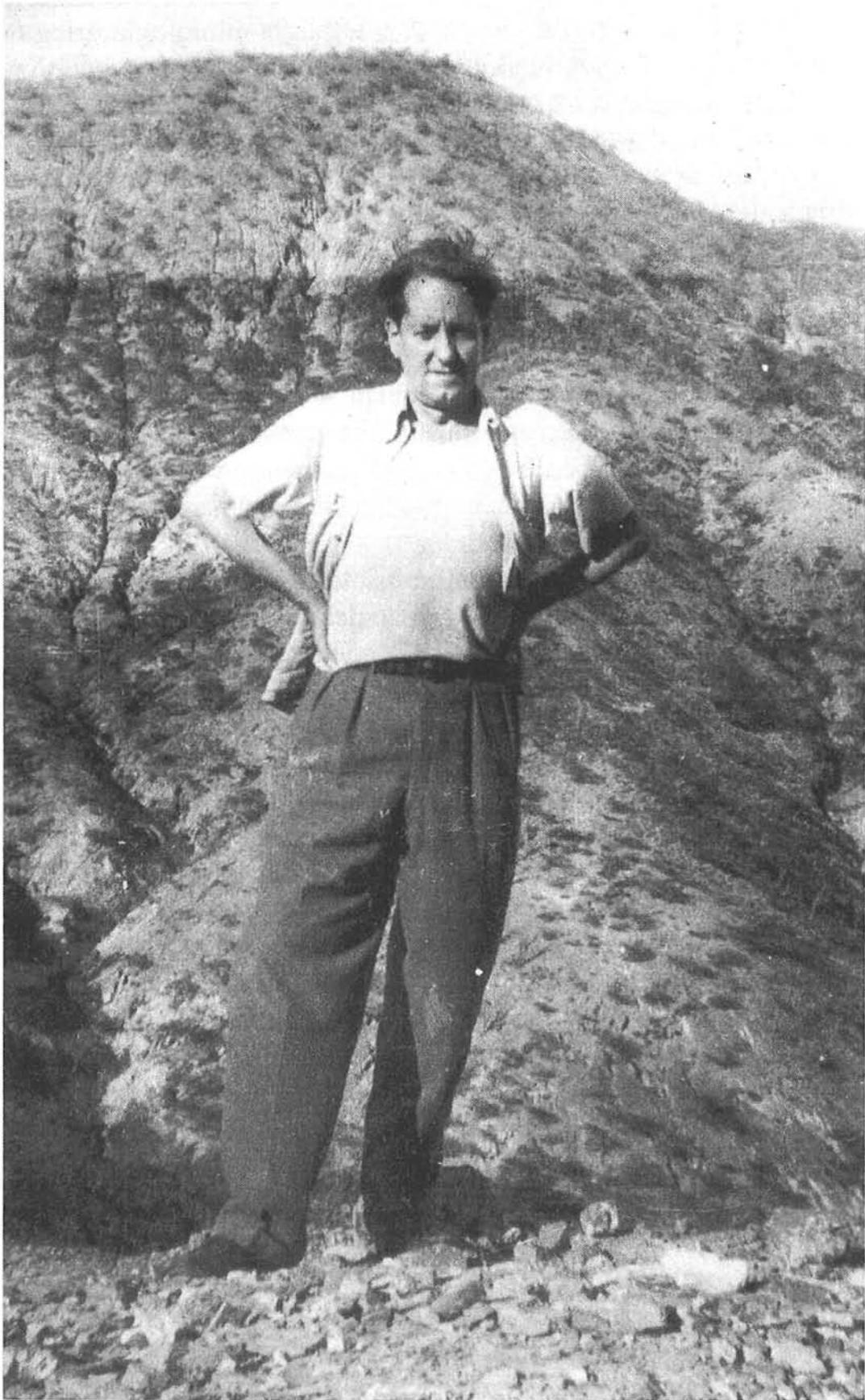
Escribí *El Siglo de las Luces* más fácilmente que *Los pasos perdidos*, aun cuando presentaba dificultades mayores, que yo mismo me impuse: no mencionar cosas que se desconocieran en el tiempo en que tiene lugar la acción de la novela, finales del siglo dieciocho e inicios del diecinueve —de ahí el título—, limitar el uso del lenguaje a vocablos igualmente propios de la época. Por otra parte, la veracidad de los hechos me obligaba a un minucioso acopio de documentación y a un rigor de historiador en la narración. Me propuse, asimismo, que el lector no supiese que la historia transcurría en los momentos de la Revolución Francesa hasta vencidas por lo menos las primeras ochenta páginas. De ahí que la obra se abra sobre las vidas de Sofía, Esteban y Carlos. ¿El principio que sustenta la novela? Puede resumirse en esta frase: los seres humanos pueden flaquear, pero las ideas siguen su camino y encuentran al fin su aplicación. Me apasiono por los temas históricos por dos razones: porque para mí no existe la modernidad en el sentido que convencionalmente se le otorga; el hombre es a veces el mismo en diferentes edades y situarlo en su pasado puede ser también situarlo en su presente. La segunda razón es que la novela de amor entre dos o tres personajes no me ha interesado jamás. Amo los grandes temas, los grandes movimientos colectivos. Ellos dan la más alta estatura a los personajes y a la trama.

Respecto a mi método de trabajo, soy muy riguroso. Antes de escribir una novela trazo una suerte de plan general que comprende: planos de las casas, dibujos (horriblemente malos) de los lugares en que va a transcurrir la acción. Escojo cuidadosamente los nombres de los perso-

najes, que responden siempre a una simbólica que me ayuda a verlos. Sofía, por ejemplo, habrá de responder, según la etimología griega de su nombre, al conocimiento, al «gay» saber, etcétera. Me preocupo por dar a mis personajes fecha onomástica y estado civil. Siempre trato de trabajar un poco, diariamente, entre las cinco de la tarde y las ocho de la noche; pero si hay entusiasmo y las cosas salen bien, renuncio a la comida y sigo trabajando hasta terminar un capítulo o llegar a un punto determinado del relato. En esos casos, suelo acabar en un momento próximo a la media noche. Sin embargo, no tengo la afición, muy generalizada entre los escritores, a trabajar de noche. No creo en los «amaneceres inspirados» ni en las lucubraciones. Hay escritores que se dejan llevar por lo que escriben e inventan sobre la marcha. Yo no. Yo sería totalmente incapaz de escribir un capítulo sin saber muy exactamente lo que debo decir en él. Claro está que surgen elementos imprevistos, pero los uso únicamente si vienen a sumarse útilmente al conjunto.

¿Lecturas, escritores? Me sería imposible fijar preferencias de modo categórico. En general (y esto me ocurre desde la adolescencia) me interesa, en literatura, toda obra lograda y que responda a sus propósitos. Naturalmente que hay niveles distintos. Hay el nivel Joyce y el nivel Conan Doyle. Pero en ambos niveles son dos escritores que lograron magníficamente lo que quisieron hacer. Si admiro enormemente a Joyce, esto no me impide divertirme enormemente con Conan Doyle... La prosa de Edgard Allan Poe es, a mi juicio, una de las más extraordinarias de todos los tiempos. Hay fragmentos de *Las aventuras de Arthur Gordon Pym* que no me canso de releer. El episodio de las cajas en la bodega del buque, por ejemplo.

Actualmente estoy escribiendo una novela (bastante avanzada ya) que he titulado provisionalmente *El año 59*. Se desarrolla en La Habana y es la primera parte de una trilogía inspirada en la Revolución Cubana.



Carpentier en Venezuela